

LA PAZ, TAREA PERMANENTE

(Reflexión para el Espíritu de Asís 2022)

La reflexión es camino de ahondamiento. Reflexionar sobre la paz abre la puerta a una comprensión más correcta de los conflictos y acrecienta la corresponsabilidad ante el grave problema de la violencia. Hacer esta reflexión en grupo potencia el ansiado logro de un día sin muerte, sin luto, sin llanto (Ap 21,4).

1. ALGO DELICADO Y FRÁGIL

En cualquiera de los terrenos que se considere, la paz es una realidad delicada y frágil. Los más de 50 conflictos armados que afligen al planeta nos lo confirman. Es posible que la rutina informativa nos haya anestesiado contra ellos y, sobre todo si caen lejos, ya no nos afecten. Esto ocurre, sobre todo, con los conflictos que sufren los países empobrecidos.

Pero basta que se desencadene un conflicto entre poderosos (guerra entre Ucrania y Rusia, por ejemplo) para que todo el mundo entre en crisis. Creíamos que el fantasma de la guerra no existía porque estaba lejos. Pero llama a nuestras puertas y el desconcierto nos inunda. Es frágil la paz entre los humanos.

Incluso a nivel personal es también así. La paz huye fácilmente de la casa del corazón. Por eso insistía tercamente Francisco de Asís dirigiéndose a sus hermanos: “Que la paz que anunciáis de palabra, la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones” (TC 58).

Adelantamos ya que un éxito de la vida franciscana, de la vida cristiana y de la vida sin más será el aprestarse al trabajo permanente, cerca y lejos, de construir la paz. Es algo de lo que depende el sentido y el éxito de caminar humano.

2. LA PAZ, EN EL NÚCLEO CENTRAL DE LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA

Las primitivas biografías franciscanas han obviado el tema de la posible participación de Francisco en acciones violentas con resultado de muerte (la guerra contra Perusa). Eran biografías para la edificación espiritual de los fieles, o de los mismos frailes, de ahí que este aspecto nada edificante, en la medida en que existió, lo cubriera el silencio.

¿Qué ha pasado en ese proceso personal de Francisco para convertirse en un defensor de la paz? ¿Cuál ha sido el punto de inflexión? No son cuestiones de fácil respuesta. Que el encuentro con las pobrezas (leprosos) ha sido un factor de profundísima humanización a nivel emocional, es un dato. Que la mística martirial que le ha llevado a escenarios de violencia (Damieta) haya terminado en una cierta frustración, es otro dato. Que su contagio por ósmosis social con los movimientos pauperísticos que rechazaban la violencia sistémica y religiosa (las cruzadas), aporta mucha luz al tema. Y, por supuesto, que la asimilación del Evangelio, como propuesta de paz y como viniendo de un pacífico como fue Jesús de Nazaret, esto es indudable.

Por eso, el tema de la paz ha pasado a ocupar un puesto central en el núcleo de la espiritualidad franciscana, junto con la pobreza, la minoridad, la fraternidad o la alegría. De esta manera, la paz adquiere rango espiritual de primer orden: no es solamente una virtud humana, sino el camino para el logro cristiano, para la “salvación”. «En toda predicación que hacía, antes de proponer la palabra de Dios a los presentes, les deseaba la paz, diciéndoles: “El Señor os dé la paz”. Anunciaba devotísimamente y siempre esta paz a hombres y mujeres, a los que encontraba y a quienes le buscaban. Debido a ello, muchos que rechazaban la paz y la salvación, con la ayuda de Dios abrazaron la paz de todo corazón y se convirtieron en hijos de la paz y en émulos de la salvación eterna» (1Cel 23).

Nunca Francisco se hubiera imaginado que el tema de la paz iba a adquirir tal decisividad. Era llegar al sustrato último de su debilidad, de su pecado, para transformar los movimientos de la violencia en los de la paz. Si eso se daba, se entendía que el Evangelio había arraigado en la persona.

Francisco de Asís es presentado, con razón, por su primer biógrafo como el «nuevo evangelista» de los últimos tiempos. Sin temor a equivocarnos se puede decir que el Evangelio que Francisco vive y ofrece es el Evangelio de la paz. Siendo esto así, su pasado violento se ha transformado en una fuerza creadora de paz. Se ha logrado lo que el Evangelio se propone: cambiar las estructuras personales hasta más allá de los límites predecibles por la razón humana.

3. LA COMPROMETIDA ORACIÓN POR LA PAZ

Todo el mundo sabe que el don de la paz no es una dádiva graciosa que se ha de lograr sin el compromiso, verdadero trabajo espiritual, del creyente. Orar por la paz es comprometerse en los trabajos por la paz. Efectivamente, la oración constante por la paz supone un acercamiento a los conflictos humanos y, a la postre, una indudable implicación. La oración constante tiene la virtualidad de comprometer a los orantes que perciben que una oración sin compromiso es una oración sin raíces.

No es soñar si se piensa que las comunidades franciscanas pudieran ser casa de oración por la paz. A veces lo son por otras intenciones, loables también (vocaciones, enfermos, etc.). Pero la urgencia de la paz empuja a que los proyectos comunitarios reflejen tal urgencia e, incluso, a que se pueda pensar en construir fraternidades aglutinadas en torno al tema de la paz. Encajaría perfectamente con el núcleo de la experiencia franciscana.

Las comunidades franciscanas, por extraño que parezca, podrían ser adalides del anhelo de la justicia universal, realidad que sufre avances y retrocesos. Late en este tipo de espiritualidad la certeza de que para la ley no hay fronteras y que quien la viola no puede refugiarse en la impunidad de un territorio. Es paso decisivo en el camino por desenmascarar la arbitrariedad de la aplicación de la ley, y desmonta los subterfugios de quien se oculta en legislaciones inhumanas. No será fácil que una comunidad franciscana concrete este anhelo, pero puede ser un tema recurrente en la oración y en la reflexión.

Por todo ello se puede pensar que las casas franciscanas sean casas abiertas a los trabajos de la justicia. A veces, hay colectivos, religiosos o no, que trabajan por la paz pero necesitan un amparo, un lugar para reunirse, un cierto apoyo y comprensión.

Podrían encontrar en las casas franciscanas ese cobijo que les mantenga en sus ideales y les ayude en la acción. Asumir las indudables complicaciones que esto conllevaría es parte de los trabajos por el logro la paz, concreción de la bienaventuranza de quien construye la paz.

4. LA EDUCACIÓN PARA LA PAZ

El logro de la paz, ya lo hemos dicho, es costoso. Por eso mismo, la educación para la paz es ineludible. La experiencia creyente necesita una fuerte dosis de trabajo social para equilibrar los dos componentes del seguimiento, el místico y el político. Los trabajos de educación para la paz entran de lleno en los ámbitos de la formación inicial. Suscitar en los formandos el anhelo de la paz no resulta fácil. En esta época de vuelta al hecho religioso, a bastantes jóvenes les resulta más evocadora la propuesta religiosa y sus formas externas que los planteamientos que derivan de las urgencias sociales. Los documentos que reorientan la formación son sensibles al tema de la paz. Pero se necesitan formadores ilusionados y estructuras fraternas que hagan necesario, imprescindible, el trabajo por la paz y así lo inculquen a los aspirantes.

Con más razón habría que hacer de los trabajos por la paz un tema reiterado de formación permanente. Los hermanos pueden llegar a creer que los trabajos de la paz son encomienda de la Comisión JPIC y que, por ello, ese aspecto ya está cubierto. Este desentendimiento es nocivo porque el trabajo por la paz es algo que interpela a toda persona, lo mismo que la minoridad, la oración o la austeridad. De ahí que educar para la paz en la edad adulta es algo que tendría que aparecer siempre en los planes de formación permanente. Aquí también insistir en lo esencial se hace urgente.

Los trabajos de educación por la paz son altamente educativos. La familia franciscana regenta numerosos centros educativos de toda índole. La paz ha de ser valor transversal sembrado, vivido y celebrado a través de las actividades educativas. Y tal trabajo no puede ser considerado como un adorno que no incumben a todos, sino que ha de tocar puntos concretos donde el alumnado perciba la implicación que, desde joven, tiene la persona en la construcción de la paz. Los trabajos de mediación escolar puede que sean uno de los rostros más cercanos y comprensibles. Sería deseable que la mediación escolar como método para la superación de conflictos estuviera en pie en todos los centros educativos de ideario franciscano.

Este afán de educación para la paz habría de trascender los límites internos del ámbito franciscano y convertirse en propuesta para toda la población. El conflicto social nos atañe. Hay que vivirlo como afectados reales, no como meros espectadores. Desde esta responsabilidad se podría pensar en una verdadera oferta educativa a nivel de adultos para trabajar la superación de conflictos. Las mismas comunidades franciscanas podrían hacer un curso de elaboración de conflictos que suavizara mucho los propios y ayudara a tener interés en los ajenos. Los intentos que se han hecho han mostrado ser altamente productivos.

5. TRABAJADORES DE LA PAZ

Muchas y significativas denominaciones han recibido los franciscanos/as a lo largo de la historia: “Hombres y mujeres del pueblo”, “Hermanos y hermanas de los

pobres”, etc. Habría sido muy hermoso (siempre estamos a tiempo) que nos hubiéramos hecho merecedores del honroso título de “trabajadoras y trabajadores de la paz”.

Ganarse ese título conlleva apuntarse con decisión a trabajos por la paz. Son tareas que están al alcance de nuestra mano: apoyo explícito a *Franciscans international* como ONG de todos los franciscanos en materia de paz universal; acogida de las orientaciones de la comisión de JPIC tanto en materia de reflexión como de acción pacifista; ánimo para mezclarse a acciones franciscanas, como los Círculos del Silencio, implantados ya en muchas ciudades y pueblos; sumarse a iniciativas ciudadanas en torno a la paz, aunque no tengan un componente cristiano explícito; etc. Todo un abanico de posibilidades.

Recordemos siempre las palabras de Jesús en Mt 5,9 donde dice que son bienaventurados los *eirenêpoi*, los hacedores de la paz, los artesanos de la paz, los albañiles de la paz, los que la construyen artesanalmente, poco a poco, día a día, en tarea continua. Cansarse de esta tarea sería traicionar el mensaje de la paz, centro del Evangelio. Habría que lograr una resiliencia pacificadora, un no cansarse jamás de andar y buscar los caminos de la paz.

Para el diálogo:

1. Resalta un aspecto positivo de esta reflexión.
2. Completa la reflexión con alguna observación personal.
3. ¿Cómo contagiar a nuestras comunidades y grupos la mística de trabajar por la paz?
4. ¿Qué cauces concretos de trabajos de paz tienes en tu ciudad, en tu pueblo?